

*venta de ref. D. Sanchez*

10682

GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

*Olona*



9  
OFICINAS

CALLE DE COLUMELA, NÚM. 11, PISO PRINCIPAL

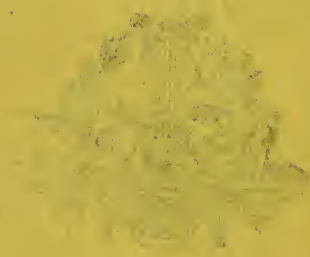
MADRID

1882

GALERIA DRAMATICA

MANUEL P. DELGADO

LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID



OFICINAS

CALLE DE TORRELLANO, 11. MADRID

MADRID

LA TIENDA DEL REY DON SANCHO



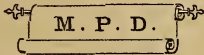
LA  
TIENDA DEL REY DON SANCHO

DRAMA EN UN ACTO

ORIGINAL DE

DON LUIS DE OLONA

Este drama ha sido aprobado para su representación por la Junta  
de censura de los teatros del Reino en 28 de Julio de 1852



PRECIO: UNA PESETA

MADRID

ESTAB. TIP. DE E. CUESTA, Á CARGO DE J. GIRALDEZ  
*Calle de la Cava-alta, 5.*

1885

## PERSONAJES

DON SANCHO III, *rey de Castilla.*

DON FERNANDO II, *rey de León.*

DON ALVAR, *caballero al servicio de don Sancho.*

RODRIGO.

UN CENTINELA.

*Caballeros y soldados de don Sancho.*



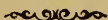
*La acción en 1159*

---

Esta composición pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor, *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscripción de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

---

# ACTO ÚNICO



El teatro representa el interior de una alquería, con algunos adornos y trofeos que le dan el carácter de tienda de campaña. Al fondo una puerta grande; otra á la izquierda del público, y otra á la derecha; esta última figura ser la habitacion de D. Sancho. En el fondo del teatro una antorcha encendida. Es de noche.

## ESCENA PRIMERA

RODRIGO. Dentro EL CENTINELA, que al correrse el telon entona la cancion siguiente:

CENTINELA. (Cantando dentro.) «A Talavera llevando su estandarte vencedor, la orgullosa media luna rota á sus plantas miró.»

RODRIGO. Canta, castellano, canta de mis gentes el baldon, y enciende la llama altiva de mi venganza feroz. Canta la aciaga jornada que con sangre señaló las glorias de don Alfonso, la afrenta de mi nacion. Oiga la noche tu acento, que al lucir el nuevo sol has de trocar tu alegría por suspiros de dolor. Arrulla el tranquilo sueño del hijo del vencedor, mientras el momento acécha

vigilante mi rencor;  
 canta, que ya se aproxima  
 presurosa la ocasion  
 que un año entero mi astucia  
 vengativa preparó;  
 canta, que si don Alfonso  
 con su muerte me burló,  
 aun me han quedado los reyes  
 de Castilla y de Leon.

CENTINELA. (Canta dentro.) «Nada contuvo su arrojo,  
 ni su esfuerzo vaciló,  
 que al brillar nuestros aceros  
 el infiel cobarde huyó.»

RODRIGO. Miente tu boca, villano,  
 y el oscuro trovador  
 que así quita á los vencidos  
 lo que la fama les dió.  
 Como buenos peleando,  
 ni uno tan sólo volvió  
 cobarde el rostro á las huestes  
 del caudillo emperador.  
 ¡Yo los ví verter su sangre  
 sin desmayar, ¡vive Dios!  
 hasta morir uno á uno  
 sin treguas ni compasion!  
 ¡Yo ví hollar con sucia planta  
 el cadáver de Almanzor,  
 que arrastraba por las calles  
 la soldadesca feroz!  
 ¡Yo lo ví, y era mi padre!  
 Yo lo ví, y el corazon,  
 reconcentrando su pena  
 en saña fiera, dejó  
 mi amargura sin suspiros,  
 sin lágrimas mi dolor.  
 Sólo una vaga esperanza  
 vida y fuerzas me prestó,  
 y en mi pecho desde entonces  
 cautelosa se abrigó.



Por ella, sólo por ella  
se agita mi corazón,  
sólo por ella respiro,  
sólo por ella aquí estoy.  
La muerte del rey Alfonso  
mi venganza no apagó,  
pues dejome por herencia  
dos hijos, reyes los dos,  
cuyo exterminio juré,  
para quienes mi rencor,  
en vez de un puñal, la intriga  
venenosa preparó.  
Fijando mi patria y nombre  
en la corte de Leon,  
la astucia y la hipocresía  
influjo y poder me dió.  
Del rey Fernando el carácter  
ligero y fácil, abrió  
ancho campo á mis designios,  
á mis iras ocasion;  
y al fin, con arte mañoso,  
logré tan grande favor,  
que el instrumento le hice  
de mi dañada intencion.  
De sus nobles más leales  
mi calumnia le apartó,  
y cuando Sancho, su hermano,  
por ellos intercedió,  
«guerra á don Sancho» le dije,  
y guerra injusta movió;  
y hoy, al frente uno de otro,  
mi astucia los colocó.  
Al despuntar de la aurora  
debe el combate feroz  
empezar; mas no ha de ser,  
pues antes que brille el sol,  
mi venganza ha preparado  
de entrambos la perdicion.  
¡Por eso dejé los reales

de Fernando de Leon,  
 y á los de don Sancho vine;  
 Fernando, imbécil, siguió  
 de mis planes el intento;  
 Sancho, necio, en mí fió!...  
 Ya es hora; tal vez me aguarda;  
 no perdamos la ocasión,  
 y si la suerte me ayuda  
 dueño seré de los dos...  
 Canta, castellano, canta (Yéndose.)  
 las glorias del vencedor,  
 que has de trocar tu alegría  
 por gemidos de dolor. (Váase.)

## ESCENA II

DON SANCHO y los caballeros que salen por la puerta derecha; DON  
 ALVAR que sale por el fondo. Se oye dentro música y ruido.

SANCHO. (A los caballeros.)  
 Ved qué ocurre.

ALVAR. (Entrando.) Rey don Sancho...

SANCHO. ¡Quién altera así, don Alvar,  
 el silencio de la noche?  
 ¡Qué me indica esa algazara?

ALVAR. Señor...

SANCHO. Hablad.

ALVAR. Nuevas tropas  
 protegen nuestra demanda.

SANCHO. ¡Qué decís?

ALVAR. Al campo llegan,  
 y al son de bélicas marchas,  
 con vítores de alegría  
 vuestro nombre excelso aclaman.  
 Mándalas Garcí-Gutierrez,  
 á quien lanzó de su patria  
 vuestro hermano, y que hoy os brinda  
 con su brazo y su pujanza.  
 Al frente de cien jinetes  
 que valerosos cabalgan

en gallardos alazanes  
que el sol de Córdoba inflama  
Garci-Gutierrez agita  
la bandera castellana,  
que rápido el viento azota  
en la punta de su lanza.  
Los soldadados que le siguen  
rayos son de las batallas,  
vencedores veteranos,  
predilectos de la fama.  
Caballero y aguerrido  
es el jefe que los manda,  
y no hay quien mida con ellos  
en el combate la espada.  
Yo los conozco, don Sancho,  
y habeis de verlos mañana,  
cual tigres embravecidos,  
arrollando á cuchilladas  
enemigos escuadrones  
hasta el pié de sus murallas.  
Aceptad, señor, su brazo;  
por mis labios lo demandan,  
y yo á más os lo suplico.

(Hincando la rodilla.)

SANCHO.

Alzad del suelo, don Alvar.  
¿Conque así Garcí-Gutierrez  
en mi favor se declara  
siendo mi hermano su rey?  
¿Cosa es esta que me extraña!

ALVAR.

Defensor fuísteis un día  
de esos nobles, por villana  
calumnia desposeidos  
de su nombre y de su patria.  
Por ellos á don Fernando  
nuestra bondad soberana  
intercedió inútilmente;  
por ellos y por la causa  
de su justicia apelais  
á la suerte de las armas;

- y ellos, á fuer de valientes  
caballeros, os consagran  
su vida, como el deber  
y su honor mismo reclaman.
- SANCHO. La gratitud que me muestran  
llena de placer mi alma,  
y sus nobles sentimientos  
mi labio el primero ensalza;  
pero consentir no puedo  
que de ese modo la espada  
desnuden como rebeldes  
cuando Sancho los ampara.  
La razon de los vasallos  
en vil proceder se cambia  
desde el punto en que el acero  
contra su señor levantan.  
Campeon de sus derechos  
hoy el cielo me señala,  
y pues lo quiso así Dios,  
sólo mia es la jornada.  
No pierdan, como traidores,  
lo que como hidalgos ganan,  
y entiendan que la justicia,  
siendo justicia, ella basta.  
Podeis llevar mi respuesta;  
si fatigados se hallan  
del camino, que al descanso  
se entreguen sólo hasta el alba;  
no he de verlos en mis filas  
al empezar la batalla.
- ALVAR. Son tan bizarros soldados...
- SANCHO. Con mi gente castellana  
me sobra para vencer  
de Fernando la arrogancia.  
Marchad al punto.
- ALVAR. Obedezco.
- (Váse por la puerta del fondo.)
- SANCHO. (Volviéndose á los caballeros.)  
Señores, hasta mañana;

necesito de reposo;  
haced que velen mis guardias.  
(Vánse los caballeros por el fondo.)

## ESCENA III

DON SANCHO, solo

SANCHO. ¡Oh, cuán triste y cuán sombría  
la noche á mis ojos pasa,  
siendo nuncio de amarguras  
y sepulcro de esperanzas!  
¡Cómo al través de sus velos  
terribles misterios guarda,  
ocultando en las tinieblas  
los objetos de mis ansias!  
¡Qué horribles presentimientos  
mi corazon despedezan,  
y cómo el deber me impone  
y el cariño me maltrata!  
Frente á frente de mi hermano,  
cual enemigo, mañana  
yo he de verme en el combate  
que su orgullo provocara.  
¡Yo en su sangre, que es la mia,  
tal vez teñiré mi lanza!  
¡Yo!... Justicia, ¡cuánto puedes,  
y á cuánto ¡ay triste! me arrastras!  
¡Qué inquietud! ¡Qué afan horrible!  
¡Cómo lucha incierta el alma,  
en el porvenir buscando  
un consuelo á su desgracia!  
Tiemblo que el momento llegue;  
siento que el momento tarda,  
que esta guerra fratricida  
á un hondo abismo me arrastra.  
Sal, y con tu luz, aurora,  
paz y descanso derrama,  
disipando mis temores

y alentando mi esperanza;  
y si decretó el destino  
que la sangre de mi raza  
se vierta, dáme á lo menos  
la firmeza que me falta.

#### ESCENA IV

DICHO, DON FERNANDO y RODRIGO; estos dos últimos asoman por la puerta de la izquierda, y al ver á don Sancho, se detienen

RODRIGO. (Aparte á don Fernando.)

Entrad, pues.

(Viendo á don Sancho.)

No, deteneos.

SANCHO. Me rinde el sueño; Dios haga  
que al despertar, más tranquilo  
recobre el pecho su calma.

(Váse por la puerta derecha. Rodrigo se adelanta, se acerca á la habitación de don Sancho cautelosamente, observa y vuelve donde está don Fernando.)

#### ESCENA V

DON FERNANDO y RODRIGO; el primero envuelto en una capa

RODRIG. (A don Fernando.)

Podeis entrar.

FERNAN. Rodrigo...

(Vacilante y mirando al campo.)

RODRIG. ¿Qué os agita?

¿Por qué se cubre con el denso velo  
de mortal palidez vuestro semblante?

Don Fernando, ¿temeis? Yo no lo creo.

Volved en vos. ¿Por qué la vista ansiosa  
en el campo fijais?

FERNAN.

Porque en él dejo  
mi honra, mi nombre y mi valor perdidos,  
y aquí sin honra y sin valor me veo.

RODRIG. ¡Sin valor?

FERNAN. Sí, Rodrigo.

RODRIG. Pues entonces,  
¡para qué de la noche en el silencio,  
sobornando las guardias de don Sancho,  
vinimos á sus reales encubiertos?  
Si dudais que la suerte nos proteja,  
si ya os arrepentís, si teneis miedo...  
perdonad mi lenguaje, tiempo hubo  
para no haber seguido mi consejo.  
Volver atrás, señor, es imposible;  
ya es preciso triunfar, y... no hay remedio,  
sólo un camino para el triunfo resta:  
ó seguirlo, ó morir.

FERNAN. Morir primero  
mil y mil muertes antes que asesine;  
porque... es verdad, Rodrigo, tengo miedo.  
Espada en mano y en combate rudo  
nunca temí al contrario cuerpo á cuerpo;  
mas vibrando el puñal, mi brazo tiembla,  
no puedo herir con él, soy caballero.

RODRIG. ¡Teneis razon, y en tanto vuestro hermano,  
con los nobles rebeldes, el soberbio  
castellano estandarte en nuestro campo  
clavará vencedor!

FERNAN. ¡Viven los cielos!  
¡Cómo ha de ser mientras Fernando viva?  
¡Quién hará sucumbir el noble esfuerzo  
de mis bravos leoneses? No, ninguno.  
Que vengan, pues, sus castellanos fieros;  
los aguardo, que vengan... ¡Oh, qué pronto  
en sangre y polvo los mirara envueltos!

RODRIG. ¡Y si el destino su favor os niega?

FERNAN. ¡Qué dices?

RODRIG. Todo á su poder sujeto,  
esa victoria que contais segura,  
quizá en derrota trocará severo.

FERNAN. ¡Calla!

RODRIG. Vencido, fugitivo y solo,

¿cómo habeis de volver á vuestro reino,  
si en vez de lauros, vuestra sien ornada  
llevará la vergüenza por trofeo?

FERNAN. ¡Rodrigo, calla!

RODRIG. ¿Os amedrenta acaso  
mi pronóstico?

FERNAN. ¡Sí!

RODRIG. Cuando el remedio  
teneis en vuestra mano, no concibo  
cómo el temor se abriga en vuestro pecho.  
Por mi nombre, que nunca imaginara  
que arrepentido vos, con vil recelo,  
con pueriles escrúpulos, ahora  
desmayara aquí mismo vuestro aliento.  
¿No tuvisteis lugar para pensarlo?  
¿No abrazásteis gustoso mi proyecto?  
¿No os hallais en el real de vuestro hermano?  
A una leve señal, ¿no están dispuestos  
los soldados que ocultos preparara?  
¿Qué nos resta que hacer?

FERNAN. Sí, te comprendo;

mas tú no sabes que de noche y día,  
luchando mi razón y mi deseo,  
al renunciar á la venganza, lloro;  
al cometer el crimen, me arrepiento.  
Vacilante, sin paz y sin ventura,  
ni yo mismo me explico lo que quiero,  
y en insomnios terribles, la conciencia  
fatídica amenaza mis intentos.

RODRIG. Ilusiones no más.

FERNAN. Pero, ¡qué horrendas!  
Solo en mi tienda, al entregarme al sueño,  
no bien cierro mis párpados, confuso,  
sordo rumor prolóngase á lo lejos,  
y crece, y se aproxima, y se desata  
en retumbante ruido y ronco trueno.  
Entre las sombras de la noche miro  
levantarse y cruzar pálido espectro...  
tristes quejidos de su pecho lanza;



brilla en su mano fratricida acero,  
 y poco á poco, y con incierto paso,  
 se acerca misterioso hasta mi lecho;  
 levántome aterrado, sin sentido,  
 y él con sonrisa que abortó el infierno,  
 clavándome sus ojos, me fascina,  
 y á sus piés me aprisiona á mi despecho;  
 su brazo extiende (Agitado); mis cabellos toca;  
 se ase de ellos cruel; me arroja al suelo,  
 y al punto desaparece, y en la fuga  
 deja en mis manos el puñal tremendo!  
 (Aterrado.) ¡Sangre vierten sus filos gota á gota!  
 ¡En sangre tintos mis vestidos veo!...

(Llevándose las manos al rostro.)

¡A mi rostro salpica!... ¡Ay!... huyo en vano.  
 ¡Charcos de sangre por doquier encuentro!  
 ¡Sangre por todas partes me persigue,  
 me fatiga, me ahoga!... ¡No; no quiero,  
 Rodrigo, no; salgamos de estos sitios,  
 y un aire más tranquilo respiremos.

RODRIG. ¡Salir? Jamás. Esas visiones mismas,  
 en vez de condenar vuestro proyecto,  
 os dicen que con sangre solamente  
 el triunfo lograreis; y hasta el momento  
 en que el puñal en ella no se tiña,  
 vendrá á pedirla vengativo espectro.  
 ¡Qué aguardais, pues? Herid, el tiempo vuela  
 y descubrirnos pueden.

FERNAN. ¡Qué perverso  
 tu influjo arrastra la flaqueza mia!  
 ¡Cómo penetra fácil en mi pecho  
 el veneno sutil de tus palabras!  
 Sella el labio, Rodrigo; yo no puedo,  
 sin que despierte mi ambicion traidora,  
 escuchar de tu boca los consejos.

RODRIG. Pues si tanto poder en vos ejercen,  
 ¡por qué los despreciais? ¡Con cuál intento  
 pudiera yo, señor, aconsejaros?  
 Reflexionarlo bien. Si por efecto

de la suerte, mañana en el combate  
 quedais vencido con oprobio eterno,  
 ludibrio de señores y vasallos,  
 ni un solo amigo encontrareis en ellos.  
 En este instante la victoria es vuestra;  
 sólo un golpe y no más, y el orbe entero  
 rey de Castilla y de Leon os mire,  
 y ante vuestro poder ceda su esfuerzo.  
 ¡Ceñid hoy mismo la imperial corona  
 cual vuestro padre la ciñó en un tiempo;  
 muera don Sancho, y en su trono altivo  
 potente y vencedor tomad asiento!  
 ¡Qué vale de ridículos temores  
 el influjo mezquino, si hay por medio  
 un solio desde el cual se dictan leyes  
 al más alto confin del universo?

FERNAN. Sí, sí; tienes razon.

(Aparece don Alvar en el fondo, sin ser visto.)

RODRIG. Cedeis al cabo.

FERNAN. No lo sé. (Con indecision.)

RODRIG. ¿Cómo?

FERNAN. (Resolviéndose.) Sí, Rodrigo, cedo;  
 la ambicion pudo más que la conciencia.

RODRIG. ¡Bien, don Fernando, bien!

ALVAR. ¿Qué escucho, cielos?

(Aparte: se retira y maeve ruido como de gente que llega.)  
 Ese traidor nos vende.

RODRIG. Mi venganza  
 halló por fin el suspirado puerto.

FERNAN. ¡Qué rumor!...

RODRIG. Viene gente; aquí, ocultaos.

(Llevándolo detrás de unas cortinas.)

FERNAN. Si me descubren... (Ocultándose.)

RODRIG. No.—Fatal encuentro.

(Aparte, viendo entrar á don Alvar.)

## ESCENA VI

RODRIGO y DON ALVAR

- ALVAR. (Aparte desde la puerta del fondo.)  
De mis ojos le ocultó;  
vamos, astucia, con tino,  
que este pícaro es ladino  
y aun más debo serlo yo.
- RODRIGO. (Aparte.) Si por acaso fatal  
mi secreto conociera,  
¡qué pronto callar le hiciera  
la punta de mi puñal!  
Imposible; no lo creo.
- ALVAR. (Aparte, adelantándose.)  
Finjamos, que importa así.
- RODRIGO. ¡Cómo don Alvar aquí?
- ALVAR. ¡Cómo aquí, Rodrigo, os veo?
- RODRIGO. ¡Qué rara casualidad  
nos ha juntado á los dos?
- ALVAR. (Maliciosamente.) Eso me lo direis vos...
- RODRIGO. (Con recelo.) ¡Eh?
- ALVAR. Si no es curiosidad.
- RODRIGO. Extraño, por vida mia,  
que á la tienda hayais venido.
- ALVAR. Mayor mi extrañeza ha sido;  
encontraros no creía.
- RODRIGO. Tan tarde, ¡cuál pudo ser  
la causa que á ella os guió?
- ALVAR. A estas horas, no sé yo  
lo que os pudo aquí traer.
- RODRIGO. ¡Asuntos de gravedad  
os llaman?... ¡No respondeis?
- ALVAR. Eso, vos me lo direis...
- RODRIGO. ¡Yo?
- ALVAR. Si no es curiosidad.
- RODRIGO. Don Alvar, ya me importuna  
que tanto saber querais,  
y mil preguntas me hagais,

- sin responder á ninguna.
- ALVAR. Pues tambien me enojo yo de veros tan porfiado, sin que á lo que he preguntado me respondais sí ó no.
- RODRIGO. Vaya, decirme quereis...
- ALVAR. ¿Por qué en la tienda os hallé?
- RODRIGO. ¿Cómo?
- ALVAR. Como que lo sé.
- RODRIGO. (Aparte.) ¡Qué escucho! (Alto.) ¿Vos lo sabeis?
- ALVAR. Fuerza decirlo será.
- RODRIGO. (Turbado.) No entiendo...
- ALVAR. (Aparte.) ¡Qué turbacion!
- RODRIGO. ¡Se confunde mi razon!  
(Aparte, mirando hácia donde está oculto don Fernando.)
- ALVAR. ¿A quién buskais? (Aparte.) Allí está.
- RODRIGO. (Reponiéndose.) Proseguid.
- ALVAR. Como os decia, del campamento el rumor os trajo, fiel servidor, donde el deber lo exigia.
- RODRIGO. Sin duda... la causa es esa.
- ALVAR. Luego ya sabeis, Rodrigo, que esta noche el enemigo nos prepara una sorpresa.
- RODRIGO. Cierta aviso recibí...
- ALVAR. Tambien otro nos han dado de que nos vende un malvado con capa de amigo, aquí.
- RODRIGO. (Receloso.) ¿Y quién?...
- ALVAR. ¿No lo conoceis?
- RODRIGO. (Aparte.) Me ha descubierto. (Alto.) Yo, no. Pero vos...
- ALVAR. Tampoco yo...
- RODRIGO. Pues si vencerle quereis...
- ALVAR. ¿Cómo?
- RODRIGO. Partid vos ahora,  
(Queriendo persuadirle con interés.)

y esa cobarde agresión  
 que prepara el de Leon,  
 rechacemos sin demora.  
 Corra al arma nuestra gente,  
 dispóngase á la pelea,  
 y el enemigo nos vea  
 cara á cara y frente á frente;  
 y cuando su intento vano  
 juzgue lograr altanero,  
 halle desnudo el acero  
 del soldado castellano.  
 Partid, pues, y con presteza  
 muestre el campo su denuedo;  
 en tanto yo, aquí me quedo  
 para avisar á su alteza.

ALVAR. ¿Y el que nos vende traidor,  
 sin castigo ha de quedar? (Pausadamente.)

RODRIGO. Si no le podeis hallar,  
 ¿de qué sirve ese furor?

ALVAR. Pues, Rodrigo, antes que todo,  
 y os lo juro por mi nombre,  
 he de beber de ese hombre  
 la sangre vil.

RODRIGO. ¿De qué modo?

ALVAR. ¿Lo quereis al punto ver?

RODRIGO. ¡Yo!...

ALVAR. Sí; al punto lo vereis.

RODRIGO. (Con ansiedad.) ¡Luego todo lo sabeis!

ALVAR. Rodrigo, ¿qué he de saber?

(Con indiferencia que gradualmente se convierte en ira.)

Yo no sé sino que vos,  
 infame y cobarde espía,  
 con villana alevosía  
 correis de la muerte en pos.

RODRIGO. (Furioso.) ¡Don Alvar!

ALVAR. Sí, de la muerte.

Ya entre mis manos estás,  
 y en ella apurarás

la amargura de tu suerte.  
 En tus redes te he cogido  
 sin que puedas escaparte;  
 llama, que venga á librarte  
 ese adalid escondido.

RODRIGO.

¡Oh rabia!

ALVAR.

Que salga, pues,

(Adelantándose hácia donde está oculto don Fernando.)  
 si no le falta valor.

RODRIGO.

¡Atrás!

(Sacando su daga y poniéndose delante de don Alvar.)

ALVAR.

(Sacando su espada.) ¡Eh! Paso, traidor,  
 ó muerto caes á mis piés.

RODRIGO.

¡Mi secreto conociste,  
 y aun vives? No; por quien soy  
 que has de morir, Alvar, hoy,  
 ya que tú mismo quisiste.

En fiero huracan deshecho,  
 mi rencor se aumenta tal  
 que no basta mi puñal  
 para saciarme en tu pecho.

ALVAR.

De tus furores me río  
 como burlé tu traicion.  
 Salga, pues, tu campeón,  
 que á entrambos os desafío.  
 Mas no, que el verdugo espera,  
 y en ruín sangre de villanos  
 yo nunca teñí mis manos;  
 daos presos.

RODRIGO.

¿De qué manera?

Eres poco para mí.

ALVAR.

Paso.

RODRIGO.

Atrás.

## ESCENA VII

DICHOS y DON FERNANDO; despues DON SANCHE

FERNANDO.

(Saliendo embozado.)

Deja, Rodrigo.

ALVAR.

¡Infames!

- FERNANDO. (A don Alvar.) Soy tu enemigo,  
ven.
- SANCHO. (Saliendo.) ¡Qué es esto?
- RODRIGO. ¡El rey aquí!  
(Rodrigo guarda su daga y don Alvar su espada; don Fernando continúa embozado en un extremo del teatro y en primer término.)
- SANCHO. ¡Quién en mi tienda, atrevido,  
tal alboroto promueve?
- RODRIGO. Señor...
- FERNANDO. (Aparte.) De vergüenza muero.
- ALVAR. Permitid que yo os lo cuente.  
Mientras con sueño apacible,  
señor, en tu lecho duermes,  
dos puñales homicidas  
te preparan cruda muerte.  
Con hipócrita apariencia,  
tus asesinos crueles  
su proceder encubrian;  
mas quiso mi buena suerte  
qué hoy en mi poder cayeran.  
Míralos, aquí los tienes.  
(Señalando á don Fernando y Rodrigo.)
- SANCHO. ¡Qué escucho!
- RODRIGO. Falsa impostura.  
Yo...
- ALVAR. Rey don Sancho, creedme.
- RODRIGO. (A don Alvar.)  
Sella el labio.
- SANCHO. (A don Rodrigo.) Ten el tuyo,  
pues ya en tu rostro se advierte  
de la turbacion el sello,  
que en vano ocultar pretendes.  
Pronto dame estrecha cuenta  
de tus proyectos alevés,  
ó haré llamar al verdugo  
si tu confesion detienes.
- RODRIGO. Venga, pues.
- SANCHO. (A don Fernando.)

- Y tú, ¿qué haces  
que encubierto permaneces?  
¿Tal ultraje á mi persona?  
¿Conmigo tan insolente?  
Abajo al punto el sombrero,  
antes que el furor me ciegue  
y en polvo convierta airado  
la altivez con que me ofendes.
- RODRIGO. (Aparte.) Somos perdidos.
- FERNANDO. Don Sancho,  
está cubierto quien puede.
- ALVAR. (Adelantándose á don Fernando.)  
Tal descaro...
- SANCHO. (A don Alvar.) Deteneos.  
(Aparte.) ¡Me ha sorprendido!  
(Alto á don Fernando.) ¡Quién eres?
- FERNANDO. De nada importa mi nombre  
cuando en tu poder me tienes.  
Tu mayor contrario soy,  
la venganza te compete;  
tómala, pues, sin demora;  
saber mi nombre no intentes,  
que para vengarte airado  
sobra con que aquí me encuentres.
- SANCHO. Sí, sobra para tu daño;  
y si bastante no fuese,  
lo altivo de tus palabras  
harto mis iras enciende.  
Mas antes de castigar  
tu traicion, cual lo mereces,  
será fuerza que ese rostro  
lleno de vergüenza muestres.  
Vasallo, tu rey lo manda,  
(Acercándose á don Fernando.)  
humilla ante mí la frente.  
Abajo el sombrero.  
(Quitándose el á don Fernando y tirándose al suelo.)
- FERNANDO. (Asomando el rostro por el imbozo.)  
¡¡Sancho!!!



- SANCHE. (Asombrado.) ¡Justo cielo!
- ALVAR. (A don Sancho.) ¡Qué os sorprende!
- SANCHE. (Bajo á don Fernando.)  
¡Digna accion de un caballero!
- RODRIGO. (Aparte.) La saugre en mis venas hierva.
- FERNANDO. Tuyo soy.
- SANCHE. (Alzándole él mismo el embozo.)  
Cubre ese rostro.
- ALVAR. ¡Guardias!
- SANCHE. (A don Alvar.) Silencio, imprudente.
- ALVAR. Yo de su custodia fio.
- SANCHE. ¡Quién tal encargo os comete!
- FERNANDO. (Aparte.) ¡Qué humillacion!
- RODRIGO. (Aparte á don Fernando.) Aun es tiempo;  
muramos como valientes.
- FERNANDO. (A don Sancho.)  
Vuestra es mi vida, tomadla.
- SANCHE. (A don Fernando.)  
¡Ah!... no te conozco, vete.
- ALVAR. ¡Qué decís? Cuando hace poco  
pensaban daros la muerte...
- SANCHE. Don Alvar, yo los perdono.
- FERNANDO. (Con amargura.)  
¡Me perdona!
- ALVAR. ¡Apenas creen  
mis ojos lo que están viendo!  
Señor, ¿el castigo es ese  
que dais á su crimen?
- SANCHE. Sí.
- FERNANDO. (Aparte á don Sancho.)  
Véngate.
- SANCHE. (Bajo á don Fernando.)  
Calla, no afrentes  
la memoria de tu nombre,  
la corona de tus sienas.
- ALVAR. (A don Sancho.)  
Pero tal mudanza en vos...
- SANCHE. (Afectando indiferencia.)  
¡No quereis que me avergüence

de castigar dos villános  
 cuyos golpes nunca hieren?  
 Para esta gente perdida  
 mi alteza lugar no tiene,  
 ni el puñal de un asesino  
 llegar á mi pecho puede.  
 ¡No los véis cómo aterrados  
 de su crimen se estremecen?  
 Dejadlos; sólo el desprecio  
 su loco intento merece.

FERNANDO. (Aparte á Rodrigo.)

¡Me insulta!

RODRIGO. (Idem á don Fernando.)

Tened, que pronto  
 verá si mi brazo teme.

ALVAR. Esa ciega confianza...

SANCHO. No me engaña.

ALVAR. Mas advierte,  
 señor, que si por mandato  
 de don Fernando viniesen,  
 inútil es que perdones  
 á quien nunca se arrepiente.

SANCHO. ¡Qué has osado proferir?  
 Mi hermano, como valiente,  
 como noble y como rey,  
 tales ardides no entiende;  
 su corazón es honrado;  
 si el error pudo vencerle,  
 no fué tanto que al extremo  
 de ser traidor le indujese.

FERNANDO. (Irritado.) ¡Don Sancho!

SANCHO. (A don Fernando.) Silencio digo.

(A don Alvar.) Vos, despejad.

ALVAR.

¡Qué pretendes?

SANCHO. (Aparte á don Alvar.)

Interrogarles me ocurre  
 por si cómplices tuviesen,  
 ó en el campo alguna trama  
 se agitate sordamente.

- ALVAR. (Aparte á Sancho.)  
¿Y solo te he de dejar?
- SANCHO. (Idem á don Alvar.)  
No importa. Si se ofreciere,  
acude al menor ruido.
- ALVAR. (Idem.) Pero señor...
- SANCHO. (Alto.) Obedece.
- ALVAR. (Aparte, yéndose; se queda parado en la puerta del fondo.)  
Raro capricho á fe mia;  
no comprendo.
- SANCHO. (Viéndole.) ¿Qué os detiene?  
(Se dirige hácia él, y cuando don Alvar se ha ido, cierra don Sancho la puerta del fondo, y despues se dirige pausadamente á don Fernando, que permanece siempre en el mismo sitio. Rodrigo continúa en el lado izquierdo de don Fernando.)  
Ni aun me atrevo á sospechar  
que asesinar me quisieses,  
(Aparte á don Fernando.)  
Fernando; mas tu venida,  
por lo extraña me sorprende;  
vuelve á tu campo, y mañana  
probemos ambos la suerte,  
y no cual vil enemigo  
en mi tienda te presentes.  
Como á rey, en la batalla  
mi brazo sabrá vencerte;  
como asesino cobarde,  
te desprecio... ¿Qué más quieres?  
Y piensas...
- FERNANDO.
- SANCHO. No; tal infamia  
tu pecho abrigar no puede.  
Yo te perdono, en tí fío.  
Adios. (Yéndose.)
- RODRIGO. (Aparte.) ¡Muera!
- FERNANDO. (Aparte, deteniéndole.) No, detente.
- SANCHO. (Desde la puerta de su cuarto.)  
Adios, Fernando. (Aparte.) ¡Es preciso

que ahora su intencion penetre!  
 Cierro la puerta y observo.  
 ¡Ay de él si ingrato me vende! (Váse.)

### ESCENA VIII

DON PERNANDO y RODRIGO

- FERNANDO. ¡Cielos! ¡Qué me resta ya,  
 si eché en mi sangre un borron  
 y en vergonzosa traicion  
 manchado mi nombre está?  
 ¡Qué he de hacer cuando humillado  
 no encontré valor en mí  
 para responder aquí  
 de mi orgullo lastimado?  
 ¡Qué venganza he de tomar  
 de quien viéndose ofendido,  
 dando su ofensa al olvido,  
 sólo supo perdonar?  
 ¡Ni cómo mi limpio honor,  
 cobarde, en tan poco tengo  
 que aun en la vaina mantengo  
 el acero vengador?
- RODRIGO. ¡Y qué tarda vuestra mano,  
 cuando ese mismo perdon  
 os lo da, como padron  
 de vergüenza, vuestro hermano?  
 ¡Basta ya; brille luciente  
 el rayo de nuestra ira!
- FERNANDO. Sí; la venganza me inspira  
 el furor que el pecho siente.
- RODRIGO. ¡Oh gozo! Dejad, dejad.  
 (Mirando por la cerradura del cuarto de don Sancho.)  
 A su lecho se volvió.  
 (Con sarcasmo.)  
 ¡De tal modo os despreció!
- FERNANDO. Me desprecia; sí, es verdad.  
 ¡Qué dudo?

- RODRIGO. La humillacion  
por instantes va creciendo,  
y á voces está pidiendo  
sangrienta reparacion.
- FERNANDO. La tendrá.
- RODRIGO. Y en ello fio;  
mas el golpe no perdamos:  
los soldados que apostamos  
vendrán á un aviso mio;  
yo salgo á reconocer  
de la tienda el redor;  
vos, en tanto, guardador  
de su sueño debeis ser.  
Si nos ayuda la suerte,  
de una bocina el acento  
escuchareis, y al momento  
dareis á don Sancho muerte.
- FERNANDO. Pero tú...
- RODRIGO. Yo al punto aquí  
acudiré diligente,  
seguido de nuestra gente;  
descuidad, señor, en mí.
- FERNANDO. Vuela, que ya la razon  
sólo á mi vista presenta  
la vergüenza de mi afrenta,  
los sueños de mi ambicion.
- RODRIGO. (Aparte.) Abreme, necio, el camino,  
mientras yo, de sangre avaro,  
rencoroso te preparo  
aun más horrendo destino.  
(Yéndose por la puerta de la izquierda.)  
Adios.
- FERNANDO. ¡Ah! Busca otro medio;  
me horrorizo á mi pesar.
- RODRIGO. (Ya en el umbral de la puerta.)  
La bocina ha de avisar.
- FERNANDO. Detente.
- RODRIGO. Ya no hay remedio,

## ESCENA IX

DON FERNANDÓ; EL CENTINELA, dentro

FERNAN. No hay remedio, es verdad; arrepentido,  
mi triste corazón lo busca en vano;  
pero la afrenta mi furor enciende,  
y no hay poder en mí para apagarlo.  
Duerme tranquilo en apacible sueño  
y en tu noble clemencia confiado;  
no despiertes ¡oh Sancho! al golpe aleve  
que, fraticida vil, yo te preparo.  
¡Qué horrible situación! ¡Cómo devora  
la fiebre mi cerebro trastornado,  
y cómo el crimen sin piedad me arrastra  
con mi conciencia tímida luchando!

CENT. (Dentro.)  
Vela.

FERNAN. ¡Qué voz!... ¡Ay!... ¡Me extremezco!...

OTRA VOZ. (Dentro, más lejana.)  
Vela.

FERNAN. Hasta el grito de alerta del soldado  
me asusta, y en fatídicos temores  
aumenta mi terror y sobresalto.

(Volviéndose asustado.)

¡Si estaré sólo? Sí; nadie me observa,  
nadie, y ansioso la señal aguardo.

Mas si oculto enemigo me escuchara;  
si entre las sombras el semblante airado  
del espectro que roba mi sosiego...

asomase fatal... ¡Sí! ¡No me engaño!

¡Sus moribundos ayes en mi oído

resuenan! ¡Ya le veo! ¡El es! ¡Huyamos!

(Corriendo por la escena aterrado.)

No me sigas, aparta, ¿qué me quieres?

¡No me sigas, por Dios! ¡Suelta mi mano!

Suétala, que la sangre en que la tiñes

me abrasa el corazón! Si por acaso  
mi delito reprobabas, me arrepiento.

¡Yo me arrepiento de él! ¡Por qué, inhumano,  
te ases de mis cabellos?... ¡Ay! Me matas

(Encogiendo la cabeza como si en efecto le tirasen de los  
cabellos.)

con la fuerza terrible de tu brazo.

(Lucha para desasirse, fingiendo conseguirlo.)

¡Aun sangriento á mis ojos te levantas  
con gigantescas formas, aumentando  
tus horribles facciones!... ¡Quita! ¡Quita!

¡No te acerques á mí!

CENT. (Dentro.) Vela.

FERNAN. Sí... callo,

Pero á tus plantas mi perdon imploro.

(De rodillas.)

¡Muévate generoso mi quebranto!

¡Por compasion... ¡ay! guarda aqueese acero!

(Señalando al cuarto de don Sancho.)

¡Allí me llevas? ¡No, detén el paso!

(Llorando y extendiendo los brazos.)

¡No bastan ¡ay! las lágrimas que vierto  
y este cáliz que apuro tan amargo

de mi dolor cruel? ¡Suéltame, alevel!

¡Muévate al menos mi copioso llanto!

(Caee al suelo.)

CENT. (Dentro, cantando.)

Ya despunta de la aurora

el dorado tornasol;

vela, vela, castellano,

el sueño de tu señor;

vela... vela.

## ESCENA X

DON FERNANDO y DON SANCHO

SANCHO. (Apareciendo en la puerta de su cuarto sin salir á la escena, señalando á don Fernando, que permanece desmayado en el suelo.)

Víctima triste de la suerte impía,  
de pérfidos consejos fiel esclavo,  
apura la ponzoña de tu crimen  
y ven despues á mis amantes brazos.

(Don Fernando vuelve gradualmente en sí; al notarlo don Sancho, entra otra vez en su cuarto y cierra.)

## ESCENA XI

DON FERNANDO

FERNAN. ¡Ni aun puedo respirar! ¡En torno mio.

(Mirando alrededor y levantándose.)

no encuentro nada que aterrarme pueda!  
Todo fué un sueño, sí; ¡pero qué horrible  
deja en mi pecho del dolor la huella!

¡Cuál se abrasa mi frente, marchitada  
por el pesar agudo que me aqueja,

por el pesar que intenso me consume,  
por la amargura atroz que me envenena!

Salir quiero de aquí. Lo intento en vano,  
la ambicion y mi agravio me encadenan;  
pero yo quiero huir... quiero... Lo ignoro;  
ya ni valor ni voluntad mé queda.

¡Dios poderoso, mi plegaria escucha;  
disipa de mi pecho la tormenta;

no airada contra mí tu faz se muestre;  
para vencer mi crimen dame fuerzas!

(Suena dentro el sonido agudo y prolongado de una bocina.

Al oírle don Fernando, exclama fuera de sí:)

¡Oh! ¡La señal! ¡Qué furia vengadora



de mi cansada mente se apodera,  
 y en vértigo infernal me precipita  
 y en convulsion horrible me atormenta?  
 ¡Cielos!... ¡En vano tu furor imploro?  
 ¡Tú me abandonas?... ¡Tu piedad me niegas?...  
 ¡Quieres que mi delito se consume?  
 Pues bien, ya vibra su puñal mi diestra;  
 abre, destino, de mi atroz venganza,  
 de mi ambicion fatídica la senda;  
 tus pasos sigo delirante y ciego,  
 y sangriento y traidor, me arrojo en ella.  
 No hay razon, no hay honor cuando en el pecho  
 arde la llama de sentida afrenta,  
 que es el orgullo rápido torrente  
 que al hombre arrastra y al abismo lleva.  
 (Vuelve á sonar la bocina.)  
 ¡Sí; ya te escucho! Tus malditos ecos  
 harto en mi oido sin cesar resuenan.  
 (Sacando su puñal.)  
 Ya te obedezco, sí; llegó la hora,  
 y en el mundo no habrá quien me detenga.  
 (Se dirige al cuarto de don Sancho. Al llegar, se abre la  
 puerta y sale don Sancho.)

## ESCENA XII

DON FERNANDO y DON SANCHO

SANCHO. Yo solo.

FERNAN. ¡Ah! (Se queda inmóvil y confuso.)

SANCHO. ¡Vacilas, te estremeces!

¡Confuso te detienes á la puerta!

Ven, yo te aguardo impávido y sereno;

hiere, Fernando, la ocasion es esta.

FERNAN. ¡Me aguardas!... (Con voz balbuciente.)

SANCHO. ¡No lo ves? ¡Pero qué importa?

Si en tu poder estoy, ¿qué te amedrenta?

Vibra el acero, y en tu propio hermano

tu criminal rencor sañudo venga.

FERNAN. ¡Déjame!... ¡No prosigas!...

SANCHO. ¡Asesino!

FERNAN. (Irritado.) ¡Yo!

(Serenándose de pronto)

No me injurieras, Sancho; ten la lengua.

SANCHO. ¡Y cómo he de llamar á quien sorpendo  
envuelto de la noche en las tinieblas,  
con el puñal armado, y que á mi vista  
el rostro oculta y de pavor se llena?

¿Eres tú, por ventura, aquel mancebo  
que en los albores de su edad primera,  
vástago noble de su estirpe clara,  
fundó el orgullo y la esperanza de ella?

¿Eres tú el adalid que embravecido  
al lado de su padre en la pelea,  
lauros de gloria conquistó radiantes  
á las feroces huestes agarenas?...

¿Eres tú el que Leon su rey proclama?

¿El que ciñe de Alfonso la diadema,  
y á cuyo honor un pueblo se confía,  
y en cuyas manos su destino entrega?

¿Eres acaso el rey que de su antojo  
ó de su mismo error en la defensa,  
injusto, mas valiente y caballero,  
á sostener sus hechos se presenta?...

No; yo no miro en tí más que un infame  
que en vil intriga su valor emplea;  
un asesino, sí; yo lo sostengo;  
si lo quieres negar, esta es la prueba.

(Asiéndole la mano en que tiene el puñal.)

FERNAN. ¡Suéltame!

SANCHO. (Señalando á su cuarto.)

Desde allí, suspensa el alma,

(Sin soltarle.)

y absorto al contemplar tu torpe mengua,  
la realidad mis ojos no creían,  
y ese puñal la realidad me muestra.

¿Por qué brilla en tus manos? ¿Por qué brilla  
cuando sus filos en tu honor penetran?

Alzale vengador contra mi pecho,  
si tal es tu intencion; no te detengas.

FERNAN. ¡Yo!...

SANCHO. (Estrechándole fuerte la mano.)

Sólo un golpe; mírame, le aguardo...

(Viendo que don Fernando permanece quieto, le suelta con desprecio.)

Ni aun para ser traidor tienes firmeza.

FERNAN. (Colérico.)

¡Sancho! ¡Sancho!

SANCHO. (Con calma.) Fernando...

FERNAN.

No me ultrajes...

que solos nos hallamos en la tienda.

¡Vil asesino me llamó tu labio!

¡Vil asesino yo! Sí; justo era

que pues el crimen me inspiró cobarde,  
sufriese los agravios de tu lengua.

Aun arde empero de mi sangre altiva

el fuego que circula por mis venas;

aun aquí mismo presentarme puedo

erguido y orgulloso en tu presencia.

¡Me deshonra el puñal?... De mí le arrojo.

(Tirándole al suelo.)

La noble espada á combatir se apresta,

(Sacando su espada.)

y el hombre á quien Leon su rey proclama,  
valiente y caballero se presenta.

Sancho, rey de Castilla, al ofendido

da luego de su agravio estrecha cuenta,

y el combate feroz que anuncia el alba

aquí termine con la vida nuestra.

¡Tú los nobles que insultan mi persona

acoges en tu reino y los alientas,

y aun contra mí tus huestes aguerridas

diriges de su causa en la defensa!...

SANCHO. Su causa es la justicia.

FERNAN.

Con la espada

tan sólo has de probarme que lo sea.

Desnúdala, y verás que tambien puedo,

sin que mis iras la traicion proteja,  
tu acero convertir en mil pedazos  
y humillar á mis plantas tu soberbia.

SANCHO. ¡Tú?... ¡Quién sabe! Mas ímpetus tan locos  
en el pecho de un rey nunca se ostentan;  
ni la vida que al pueblo se consagra  
puede ser blanco de parciales quejas.  
El duelo que provocas, imprudente,  
Dios, y la ley, y el mundo lo reprueban;  
yo no le admito; mi deber, mi sangre,  
tu propia dignidad me lo aconseja.

FERNAN. ¿No le admites?

SANCHO. No puedo.

FERNAN. ¡Qué celoso  
de tu decoro y tu deber te muestras!  
¡Abnegación tan grande me cautiva!  
(Sardónicamente.)

pero en este momento no la tengas;  
haz un esfuerzo sobre tí, y advierte  
que de consejos la ocasion no esta.  
Que es preciso lidiar, que yo lo exijo,  
que el cáliz agoté de mi paciencia,  
que la espada desnudo, y que si tardas,  
he de pasarte el corazon con ella.  
Defiéndete.

SANCHO. Jamás.

FERNAN. Pronto, al instante.

SANCHO. Fernando, mira que el furor te ciega.

FERNAN. Defiéndete, repito; no me obligues  
á cometer un crimen.

SANCHO. ¿Y á qué esperas?  
Yo no he de combatir.

FERNAN. ¿No?

SANCHO. No.

FERNAN. Pues muere. (Va á herirle.)

SANCHO. Hé aquí mi pecho. (Presentándosele.)

FERNAN. ¡Ay Dios! (Aterrado y tirando la espada.)

SANCHO. El te contempla; (Con solemnidad.)  
pídele tu perdon, y vuelve, hermano,

de la virtud á la perdida senda.  
 ¡Oyes? (Se oye á lo lejos el toque de diana.)

### ESCENA XIII

DICHOS y RODRIGO, que entra sin ser visto por la puerta  
 de la izquierda

RODRIG. (Aparte y se coloca en el fondo.)

¡Aun vive Sancho!

SANCHO. El alba asoma

y mis huestes saludan su presencia.

Llegó el momento del feroz combate;

Dios la justicia y el valor proteja.

Toma la espada, y á tu campo vuelve

antes que el sol á descubrirte venga,

y al frente de ambas haces uno y otro,

disputemos el lauro de la guerra.

RODRIG. No será por mi nombre. (Aparte.)

FERNAN. (Aparte.) ¡Me confundo!

RODRIG. (Aparte.) Los dos han de reñir en esta tienda,

y el que triunfante de la lucha quede,

de sus contrarios el despojo sea.

SANCHO. Vete.

(Rodrigo se dirige á donde está la antorcha.)

FERNAN. ¡Sin ir vengado?

SANCHO. Vete al punto.

Harto abusaste ya de mi clemencia.

(En este momento, y al dirigirse don Sancho hácia la puerta  
 de la izquierda, Rodrigo apaga la antorcha y queda oscura  
 la tienda.)

¡Qué es eso?

FERNAN. ¡La luz matas!

¡Tú me vendes!

SANCHO. ¡Yo!

FERNAN. ¡Sí!

RODRIG. (Desde el fondo en alta voz.)

¡De la venganza la hora suena!

SANCHO. ¡Qué voz!

- FERNAN. ¡Tu gente hipócrita apostabas!
- RODRIG. (Fingiéndose contestar por don Sancho.) Sí.
- SANCHO. ¡Quién, osado, mueve aquí la lengua?  
¡Qué inaudita conjura de traidores  
amaga entre las sombras mi existencia?  
(Buscando á quien gritó.)
- FERNAN. Mi espada; no la encuentro.  
(Buscándola; Rodrigo procura encontrarse con él.)
- SANCHO. ¡Qué pretendes?  
(Desde aquí irá la escena con la mayor viveza posible.)
- FERNAN. ¡A tus soldados sin piedad me entregas?  
Pues bien, dame la espada, no les temo;  
sangre á torrentes en la lid se vierta;  
pero dame la espada, y todos juntos  
tus verdugos cobardes á mí vengan.
- RODRIG. (Que se ha acercado á tientas á don Fernando.)  
Toma. (Dándole el puñal.)
- SANCHO. ¡Deliras? Sálvate.
- FERNAN. ¡Quién arma  
del tremendo puñal mi airada diestra?  
(Deteniendo á Rodrigo.)  
No te vayas; ¡quién eres?
- RODRIG. Tu destino.
- FERNAN. ¡Mi destino! Seguir quiero tus huellas,  
y tras de tí bajar al mismo infierno.
- SANCHO. ¡Fernando!...
- FERNAN. (Buscando á don Sancho.) ¡Dónde estás?

#### ESCENA XIV

DICHOS, DON ALVAR y CABALLEROS

- ALVAR. (Dentro, dando golpes en la puerta del fondo.)  
¡Abrid la puerta!
- SANCHO. (Sin saber á dónde atender.)  
¡Mis soldados!
- ALVAR. ¡Abrid!  
(Continúan dando golpes toda la escena.)
- FERNAN. ¡Dónde te ocultas?

RODRIG. (Llevando á don Fernando.) Sigue mis pasos.

SANCHO. (A don Fernando.)

Sálvate.

RODRIG. (Aparte á don Fernando, guiándole por la oscuridad.)

No temas.

FERNAN. (Asiendo en su furor á Rodrigo, creyendo que es don Sancho.)

Ya estás en mi poder, rey altanero.

El destino me dicta tu sentencia.

RODRIG. (Luchando con don Fernando.)

¡Voto al infierno!

FERNAN. (Hiriendo á Rodrigo.) ¡Muere!

RODRIG. (Cayendo en el cuarto de la izquierda.)

¡¡Ay!!

(Al mismo tiempo don Alvar echa abajo la puerta del fondo, y aparece en ella, sin entrar, con una antorcha en la mano y seguido de algunos caballeros.)

ALVAR.

¡Don Sancho!

SANCHO. (Deteniéndole.)

Atrás, ninguno á penetrar se atreva.

FERNAN. (Irritado é inmóvil.)

Mi destino cumplí.

SANCHO. (A don Alvar.)

Dadme la antorcha,

y al punto despejad.

(Don Alvar le da la antorcha y se retira con los caballeros.)

## ESCENA XV

DON FERNANDO y DON SANCHO

FERNAN. (Aparte, horrorizado.)

Pero... ¿no era

Sancho mi hermano? ¡Sí! Gran Dios, ¿qué he

Yo su asesino fui; con él perezca. [hecho?

(Va á herirse.)

SANCHO. (Presentándose con la antorcha en la mano.)

Detente.

FERNAN. ¡Sueño!

SANCHO. No.

FERNAN. ¡Sombra terrible!

- SANCHO. Te engañas. Sancho soy; mi pecho alienta.  
 FERNAN. (Dando un grito de alegría y arrojándose en los brazos de don Sancho.)  
 ¡Qué dices? ¡Es verdad? ¡¡Hermano mio!!!  
 SANCHO. Mis brazos borren de tu honor la afrenta.  
 FERNAN. ¡Y á quién...  
 SANCHO. (Señalando el cuarto donde está el cadáver de Rodrigo.)  
 Mira.  
 FERNAN. ¡Rodrigo! ¿Qué misterio?...  
 SANCHO. Admiremos de Dios la providencia.  
 Rodrigo tu venganza alimentaba,  
 y él mismo sucumbió víctima de ella.  
 FERNAN. (Aparte.) No acierto á respirar.  
 SANCHO. Parte á tú campo.  
 FERNAN. No, que otra cosa mi deber me ordena.  
 SANCHO. ¿Cuál?  
 FERNAN. (Gritando.) Don Alvar, soldados, caballeros,  
 aquí pronto.  
 SANCHO. ¡Fernando!  
 FERNAN. Todos vengan.  
 SANCHO. ¿Cuál es tu intento? Aguarda.

### ESCENA XVI

DICHOS, DON ALVAR, CABALLEROS y SOLDADOS

- ALVAR ¿Qué nos quieres?  
 (Don Sancho se dirige en el acto á don Alvar, le ase por la mano y le lleva á la puerta del cuarto donde está muerto Rodrigo.)  
 SANCHO. (Aparte á don Alvar.)  
 Ese cadáver sepultura tenga.  
 Y ved que del secreto de esta noche  
 me habeis de responder con la cabeza.  
 FERNAN. (Con solemnidad.)  
 Ricos-omes, valientes caballeros  
 que de Sancho seguís la noble enseña;  
 Fernando de Leon, vuestro enemigo,  
 ante vosotros todos se presenta.  
 (Sorpresa general.)



ALVAR. ¡El!

FERNAN. Sí, yo mismo soy, nada os admire;  
mi aparición extraña no os sorprenda,  
que al dirigir mis pasos á este sitio,  
cumplido de Dios la voluntad suprema.  
Sancho, mi falta sin rubor declaro;  
injusto fuí contigo y la nobleza,  
y hollando sus blasones y tu nombre,  
ciego de orgullo provoqué la guerra.  
Yo del mundo á la faz perdon te pido.  
La justicia triunfante resplandezca,  
y á su fulgor la vanidad del hombre  
húndase vil y en polvo se convierta.  
Perdóname.

SANCHO. (Tendiéndole los brazos.)

¡Fernando!

FERNAN.

Sí; en tu seno  
descanso y paz mi corazón encuentra,  
y nunca el brillo de mi real corona  
miré más puro que al borrar mi ofensa.  
(Amanece, iluminándose de pronto la escena.)  
Ya luce el sol, de la batalla nuncio;  
nuestros soldados con valor le esperan;  
presentémonos, pues, cruzando amigas  
de Leon y Castilla las banderas.

SANCHO. ¡Ninguno vencedor, todos hermanos!

FERNAN. Sí; gloria y prez á tu justicia excelsa.

TODOS. ¡Vivan Fernando y Sancho!

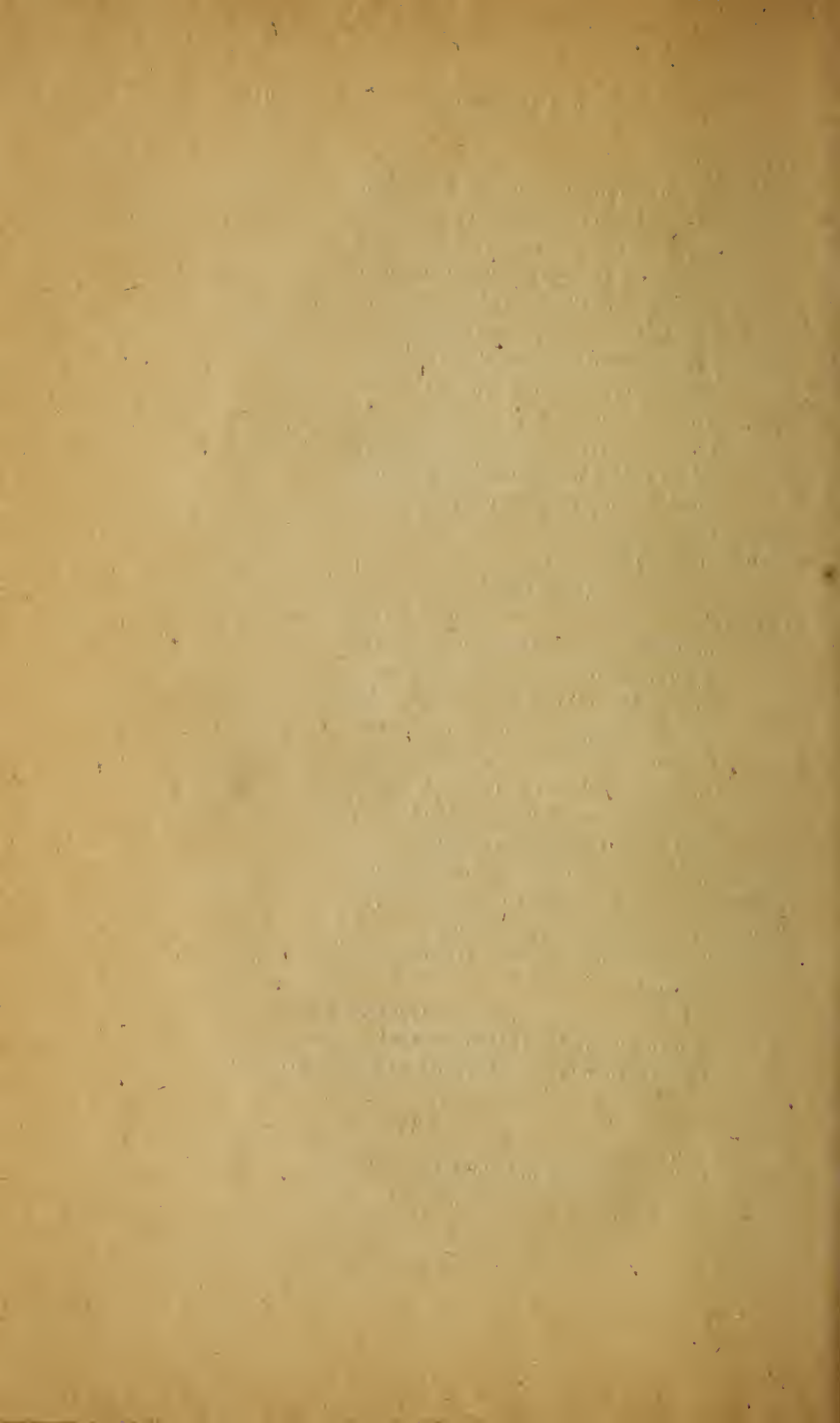
FERNAN. (Abrazando á don Sancho y abriéndose paso por entre la multitud.)

¡Plaza... plaza,

y esta aurora feliz el campo vea!

(Todos salen en tropel por la puerta del fondo. Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA



THE HISTORY OF THE

... of the ...  
... of the ...  
... of the ...  
... of the ...

## PUNTOS DE VENTA

En Madrid, librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martín, D. Fernando Fe, Salón del Heraldo; y en Provincias, en las principales.

Los pedidos por mayor á casa del Editor, calle de Colu-mela, núm. 11, principal.